

En una ciudad belga.

Al atravesar la frontera belga, una profunda angustia nos oprime el corazón. En realidad, nada ha cambiado ante nuestra vista. La misma carretera blanca continúa desenvolviendo su amplia curva entre los mismos campos de lúpulo. No hay ni aduanas, ni gendarmes, ni siquiera un letrero para indicar que en este punto preciso termina una república y comienza un reino. Pero la sola idea de que nos encontramos en Bélgica y que pisamos al fin el suelo santificado por el sacrificio de todo un pueblo mártir, basta para inspirarnos meditaciones dolorosas. Entre todas las naciones que combaten, nos decimos, es la única que no tenía, la víspera del conflicto, ni odios, ni inquietudes, ni ambiciones. Creyéndose al abrigo de las crisis que, desde hace cuarenta y seis años, amenazaban a sus grandes vecinas del Norte y del Sur, llevaba una existencia serenamente egoísta y se enriquecía con la confianza de poder gozar en paz de sus riquezas. Y he aquí que por un absurdo capricho de la tormenta, la que más ha sufrido es ella. Sus ciudades, sus campos, sus costas, sus rutas, todo se encuentra en poder del invasor. Sus más preciados tesoros han sido incendiados. Sus habitantes viven en el cautiverio como los antiguos pueblos de Oriente que los reyes de Egipto y de Babilonia convertían en rebaños.

— Todo lo que nos queda — murmura el oficial belga que nos acompaña —, es esta minúscula faja de la costa flamenca.

Una estrecha banda de tierra limitada por un río de sangre que se halla bajo una perpetua lluvia de fuego, eso es lo único que aún le pertenece al rey Alberto. Pero para los belgas, esto es más grande, más bello que lo que poseían antes, porque esto es la patria, esto es el alma de la patria. En las pupilas claras de nuestro guía luce un orgullo que no conocían nunca en tiempos de paz los ojos flamencos. La llanura que se extiende hacia el Norte es un desierto gris, apenas animado de trecho en trecho por algún bosquecillo, por alguna granja, por alguna fábrica. Para los que estamos acostumbrados a la belleza de otros paisajes, nada aquí nos parece digno de atención. Pero todo nos emociona, todo nos interesa, todo nos conmueve, a causa de su misma humildad, de su misma calma, de su mismo aspecto de bienaventuranza silenciosa. En los lupulares floridos, las mujeres trabajan sin prisa, cual si ignorasen que se hallan en la zona de la guerra.

— ¡Si hubieran ustedes visto esta carretera hace dos años, en los días de la gran batalla!— murmura el oficial belga—. Los habitantes de Iprès, en un éxodo doloroso, pasaban por aquí huyendo de las llamas... Era una visión de infierno, dominado por el trueno de la artillería...

Hoy es el rumor de una campana lo único que anima el espacio, un rumor grave y suave que se extiende en el aire claro con una serenidad religiosa. ¿De qué campanario salvado por milagro viene?... ¿Qué mensaje lleva en sus alas hacia las aldeas vecinas?... Uno de los crímenes que los flamencos no perdonan a los alemanes, a

pesar de ser el más pequeño de todos, es justamente el de haber hecho enmudecer sus viejas torres, antes tan sonoras de carrillones. En todos los lugares donde penetraron las tropas del Káiser, las iglesias y las atalayas se han quedado sin voz. Muertos, ¡ay!, muertos para siempre los conciertos seculares de Dixmude, de Furnes, de Pervyse, de Elverdinghe, de Loo, de Reninghe... Muertos los enjambres de notas áureas que subían hacia el cielo, todas las tardes, de las innumerables campanillas de los beaterios.

Alguien exclama de pronto :

— Es domingo...

Y alguien contesta :

— Es en Poperinghe donde nos llaman a misa...

*
*
*

Ante nosotros aparecen, en efecto, las primeras casas de la única ciudad flamenca del Houtland que no ha sufrido de los horrores de la invasión y que apenas ha sido herida por el bombardeo aéreo, pero que conoce, mejor que ninguna, los dolores de la guerra, por ser desde el principio el cuartel general de las ambulancias del frente de Iprès. ¿Qué miserias, qué angustias vamos a ver ahí?... A mi mente acude la página en que Philipp Gibbs refiere su llegada a este mismo sitio, una tarde de invierno, hace algo más de un año. La plaza del Municipio estaba llena de carros de la Cruz Roja en los cuales agonizaban millares de heridos. Un olor espantoso de yodoformo y de muerte hacía irrespirable la atmósfera. Los enfermeros, enloquecidos por la imposibilidad en que se hallaban de atender a todos los casos urgentes, corrían de un lado a otro, sin acertar a cumplir con su

deber. Una dama que dirigía un hospital salió al encuentro del escritor inglés y, con lágrimas en los ojos, le dijo: «No tenemos dónde dormir; nos morimos de hambre.» Y Gibbs, que no había comido ni dormido tampoco durante dos días, comenzó a buscar en las calles, como un mendigo, un rincón y un mendrugo de pan. Por todas partes, el mismo espectáculo de sufrimiento y de desorden lo entristecía y lo desesperaba. No había ni una casa sin heridos. No había nada que ofrecer a los que allí buscaban asilo. Los únicos que disponían aún de sus raciones de campaña eran los soldados ingleses acampados fuera de la población.

Apenas penetramos en Poperinghe, noto con gusto lo que va de ayer a hoy. Hoy, no sólo la Intendencia está organizada dentro de sus muros de una manera impecable, sino que hasta la vida ordinaria del vecindario parece tan apacible cual antes de la guerra. Por la calle principal, la gente, que se encamina hacia la iglesia, viste trajes domingueros, muy limpios. Las muchachas se han puesto sus cofias de encaje, y los ancianos ostentan amplios chambergos, dignos de figurar en un lienzo de Rubens. Una animación tranquila, lugareña, sin nada que indique ni fiebre ni inquietud, reina por todas partes. En el interior de los clásicos *estaminets*, los bebedores se agrupan alrededor de las mesitas y fuman sus pipas, soñando vagos ensueños. Las tiendas ostentan en sus modestas vidrieras todo lo indispensable y todo lo superfluo. Hay escaparates llenos de encajes, lo mismo que en Bruselas. Hay perfumerías. Hay talleres de modistas. Pero lo que más nos seduce y más despierta nuestra curiosidad, ávida siempre de color local, son las casitas burguesas, que, con sus ventanas abiertas, exponen a nuestras miradas indiscretas la existencia íntima

del hogar flamenco. No hay aquí, naturalmente, las vestustas suntuosidades que se descubren en algunas casas labradas de Brujas o de Malinas. Poperinghe es un pobre pueblo sin abolengo histórico, sin familias poderosas, sin tradiciones de bienestar hereditario. En la comarca, sus vecinas inmediatas, Bailleul e Iprès, han tenido históricamente y artísticamente mayor suerte. A ella, en medio de sus campos de lúpulo, no le ha reservado el destino sino una *aisance* obscura de buena obrera, de buena cervecera, de buena encajera y de buena devota. Su población, que no pasaba de 15.000 habitantes, componíase de obreros y de manufactureros. Algunos de sus productos tienen fama. Pero como no posee ni catedral, ni atalaya, ni beaterio, y como no conserva leyendas de remotas empresas comunales, sólo puede envanecerse de una plaza hermosa en la cual hay un elegante palacio municipal.

*
**

En esta plaza, esta mañana de sol, esta mañana de fiesta, alegrada por el repique de las campanas, el oficial belga que nos acompaña agita ante nuestras imaginaciones un espectáculo de futuras grandezas que harán no sólo olvidar las penas pasadas, sino bendecirlas. Gravemente, como si hablase ante un auditorio numeroso, nos dice:

— Hace dos años no éramos una nación propiamente dicha, no éramos una patria, no éramos más que un pueblo muy laborioso, sin duda, y muy apegado a sus costumbres, pero sin un alma colectiva. Entre flamencos y walones no existía ni siquiera la comunidad de la lengua. Nos creíamos vecinos, no hermanos, y en el fondo

estábamos más dispuestos a detestarnos que a amarnos. Nuestras peleas de campanario nos mantenían en perpetuo estado de guerra civil. Para imponer el flamenco en las placas que indican las calles, se gastaba más energía que para crear un ideal grande y noble. Pero la tragedia ha venido de pronto a unirnos a todos en una sublime comunión de odio sagrado que nos convierte en hijos de una patria.

Nuestro oficial dice la verdad. Desde la época de su fundación, la monarquía del rey Alberto no tuvo más lazos comunes para aspirar al título de nación, que los de la Constitución y los del interés material. El bien de todos los belgas estaba basado en la confianza en la paz, en medio de una Europa siempre atormentada por el espectro de la guerra. Satisfechos y algo egoístas, los burgueses de Amberes y de Bruselas, de Gante y de Lieja, veían a las grandes potencias gastar sus energías en armamentos, y aprovechaban, llenos de calma y de tino, las circunstancias en que vivían para hacer conquistas comerciales, mientras los demás no soñaban sino en aventuras militares.

El gran Verhaeren lo ha dicho :

Jadis nous nous bercions aux bonheurs qui endorment.
Nous ne vivions que pour nous seuls...

Gracias a aquella situación, en apariencia envidiable, el desarrollo del país llegó a ser monstruoso, a fuerza de ser enorme. Muy pequeña en el mapa, Bélgica ocupaba en las estadísticas un lugar muy grande. Su territorio no era nada, comparado con el de Alemania, con el de Francia, con el de Inglaterra. Sólo en Francia podían caber más de quince Bélgica, y los 7.000.000 de belgas

apenas representaban la décima parte de la población alemana.

Su comercio de importación y exportación era, no obstante, más grande, en números exactos, que los de Italia y España reunidos. De un modo relativo, también era superior al del resto del mundo. Así, de un extremo a otro del minúsculo reino, todos decían :

— No hay país como el nuestro.

Pero en cuanto tratábamos los extranjeros de ver algo que no fuera negocio, nos encontrábamos con que ni siquiera existía un verdadero país. «La mayor parte de los que se sublevaron contra la dominación holandesa—escribe Dumont Wilde en 1904—, soñaron primero en ser franceses. Europa, en sus consejos, decidió otra cosa. Libre, el pueblo tardó veinte años en tener confianza en su propia independencia. El orgullo de ser belga no existía. Ahora mismo, nuestro patriotismo está hecho de intereses materiales, y esto vale menos que el sentimiento de una nacionalidad vigorosa, íntima, atávica, hecha, como dice Renán, de la herencia de la gloria común y de los dolores comunes. Nada reemplaza esos momentos trágicos en que los pueblos perciben los latidos de su corazón, en que la embriaguez del peligro da a todos los ciudadanos una sola alma.»

Esta alma, en efecto, Bélgica no la tenía. No tenía un alma nacional. Tenía muchas almas locales, y las unas odiaban a las otras. Para un walón, orgulloso de hablar francés, un flamenco era casi un bárbaro. Los de Amberes detestaban a los de Bruselas. En Lieja, los de Gante hacían reír. El Gobierno tenía que redactar sus decretos en dos lenguas para ser entendido. Un viaje de tres horas en ferrocarril, dentro del territorio nacional, le bastaba a un burgués de Brujas para encontrarse entre

extranjeros que casi le eran hostiles. Los optimistas, por no pronunciar la terrible palabra *división*, hablaban de *malentendus*. Y lo más grave era que, día por día, aquel foso se ahondaba.

Pero no hay duda: el optimismo tenía razón. Bajo aquella capa de separatismo moral e intelectual, el instinto de la nacionalidad no era un mito. El mismo día en que los alemanes pusieron el pie en territorio belga, todo el pueblo se levantó como un solo héroe.

«Ya han llegado—dice hoy con alegría Drumond Wilden, recordando sus palabras de hace diez años—, ya han llegado los tiempos dolorosos y sublimes de que habla Renán: tenemos ahora dolores comunes que llorar, y la prueba suprema nos ha hallado más preparados para soportarla de lo que nos figurábamos. La altivez con que todos, desde el Rey hasta el último aldeano, levantaron la cabeza para rechazar las vergonzosas proposiciones germánicas, nos demuestran que valíamos más de lo que creíamos valer.»

Nuestro guía, que sabe estas páginas de mi amigo Drumond Wilden de memoria y que nos las recita con orgullo, como si fueran el credo de la Bélgica santificada por el fuego y la sangre, contempla a los burgueses que pasan a nuestro lado, y exclama:

— Vean ustedes a estos hombres que nos rodean: antes de 1914 casi eran, para mí que nací en Lieja, extranjeros. Ahora son mis hermanos...

Hay en sus labios una ternura infinita y en sus pupilas un fuego intenso. Se nota que para él la palabra patria tiene un sentido nuevo, un sabor de ideal recién conquistado, algo fuertemente jugoso. Con la frente erigida, en el curso de nuestros paseos por las calles, saluda a los que encuentra, de un modo familiar, cual

si de verdad fueran deudos suyos. ¡Y cómo se para a cada paso para contemplar las casas y para sonreír a las ancianas que celebran, en el interior de los viejos comedores y de las cocinas ennegrecidas, el rito milenario de las labores cotidianas!...

*
**

Nosotros también, aunque extranjeros, sentimos una honda ternura ante la mansedumbre de la ciudad, que continúa cultivando su dulce *gezeling* a pocos pasos del enemigo. No hay en ninguna parte del mundo gente que sepa mejor que ésta dar una gracia íntima y dulce a las más bajas ocupaciones del día. Lo mismo que en los cuadros de Teniers o de Breughel, en la realidad las buenas *ménagères* flamencas dijérase que se entretienen en hacer que, mientras sus rostros permanecen perdidos en las vagas penumbras del claroscuro, las cacerolas de cobre que manejan, los objetos de estaño que limpian, las frutas que pelan, las aves que despluman, se destaquen en plena luz, absorbiendo los rayos vivos del sol. Lo más humilde, lo más servil, lo más vulgar, adquiere, por el sitio que ocupa en el hogar, por las ideas de fervor familiar que sugiere, por los cuidados que inspira, una especie de cariño respetuoso. Sería necesario disponer del ingenuo y beato lirismo de Francis James, para dar una idea de lo que son estas cocinas ordenadas y lucientes en las que todo es útil y todo es ritual, en las que el pavimento brilla haciendo resaltar la obscuridad barnizada del fogón, en las que cada muro, cada viga, cada armario, cada mesa, conserva devotamente el recuerdo de generaciones apacibles, en las que las ricas *carbonades* se guisan en sartenes

que pertenecieran a las contemporáneas de Memling, en las que la sopa de vaca, la clásica sopa de los domingos, tiene hoy el mismo olor que tenía en la Edad Media...

Sin poderlo remediar, recito los versos famosos que en París nos hacían antes sonreír, con su airecillo de cocina franciscana, y que aquí adquieren un acento patético :

Il y a une armoire luisante
 qui a entendu les voix de mes grandes tantes,
 qui a entendu la voix de mon grand-père,
 qui a entendu la voix de mon père.
 A ces souvenirs l'armoire est fidèle.
 Ou a tort de croire qu'elle ne sait que se taire.
 Car je cause avec elle.
 Il y a aussi un cou-cou en bois.
 Je ne sais pour quoi il n'a plus de voix.
 Je ne veux pas le lui demander.
 Peut être bien qu'elle est cassée,
 la voix qui était dans le ressort,
 tout bonnement comme celle des morts...

*
 * *

El oficial belga me escucha, y sonrío, y siente la profunda poesía de estos balbuceos. Pero su alma está tan llena de visiones de vida, que la sola idea de que algo puede sugerirnos la noción de una voz muerta, aunque no sea sino en la garganta de un reloj, lo indigna.

—No— me dice —, no... El *cou-cou* está más vivo que nunca, esperando el momento de cantar la hora de la victoria y del renacimiento... Vea usted la tranquilidad con que toda esta gente la espera... ¿Nota usted inquietud,

notud, nota usted duda en algún rostro?... Yo no veo sino confianza...

Y por mi fe, el buen guerrero no se equivoca. Sin fanfarronería habladora, sin estandartes, sin proclamas callejeras, este pueblo, con sus palabras tranquilas y con su actitud apacible, demuestra que conserva siempre una fe absoluta en el porvenir.

Una «kermesse» en Flandes.

Ya en las afueras de Poperinghe, bajo los lupulares que rodean un caserío, unos cuantos campesinos, sentados alrededor de dos barricas, beben y cantan acompañados por un acordeón algo ronco. «Es la fiesta de la parroquia», nos dice una anciana de pelo blanco y de mejillas de color de rosa. Luego, otra anciana robusta se acerca a nosotros, trayendo jarros de cerveza, y nos invita a apurarlos. «¡Por los muchachos — exclama —, por los pobres muchachos que no pueden este año acompañarnos!» Y hay en su voz, en su gesto, en su actitud, tal ingenuidad y tal bondad, que no pensamos siquiera en rehusar su convite. «¡Por los bravos flamencos que han de volver pronto para las nuevas fiestas!», clama nuestro capitán, llevándose el jarro a los labios. «¡Por los muchachos que están lejos y por las muchachas que los esperan!», agregamos los demás. Entonces, los buenos aldeanos se acercan, forman un corro a nuestro alrededor, chocan sus rústicos vasos con los nuestros, y nos preguntan si no queremos un poco de pan y un poco de queso.

— Es el santo de la patrona — murmuran, como para excusarse de haberse así reunido en humilde romería cuando la sangre corre cerca.

*
* *

Y mientras mis compañeros se informan de cosas relativas a la guerra, yo evoco, en silencio, la viejas fiestas flamencas que se han perpetuado en la realidad, lo mismo que en los lienzos de los museos, con todos sus colores de truculencia familiar, de alegría grave y de sensual socarronería. Hoy, naturalmente, no hay aquí una verdadera *kermesse*. Los tiempos no están para orquestas, ni para mástiles ensebados, ni para carreras de cañas. Hoy, los mozos que forman las compañías de tocadores de violín y de trompeta se hallan en los campos de batalla. Hoy, las chicas rubias, de ojos maliciosos, no tienen con quien bailar. Pero en el fondo, a pesar de las penas de cada uno, el soplo secular del aniversario que se celebra, anima todas las almas y hasta les permite olvidar, durante unas cuantas horas, las miserias y las zozobras de los tiempos en que viven. Junto a los barriles, en una mesa rústica, vemos un jamón y un queso. Los panes morenos llenan un cesto. La cerveza corre con largueza de vaso en vaso. Y para aletargar la angustia de los corazones recalcitrantes, el acordeonista se empeña en no tocar sino aires alegres, aires de paz y de jolgorio, buenos y voluptuosos aires de danza lugareña hechos para agitar las faldas juveniles.

*
* *

— Los únicos que se divierten, como siempre — me dice un campesino, señalándome un grupo de niños — son esos inocentes.

Entre risas y gritos, en efecto, los chiquillos han organizado juegos tradicionales, en los cuales la malicia y la violencia se unen en un encantador concierto de regoci-

jo. Un par de granujas corren ahora, tiznados, con plumas en la cabeza, y detrás de ellos vuelan las saetas de caña... En vano las abuelas les gritan que se estén quietos para no aturdirnos a nosotros, los *señores*... ¡Buenos están ellos para pensar en algo que no sea la fiesta! En sitios más trágicos que éste, entre los escombros de las aldeas de Lorena, en plena batalla del Marne, los que visitábamos por primera vez el teatro de la guerra, nos convencimos, hace dos años, de que para la niñez no hay tragedias, que no hay más que tragicomedias.

Las mozas casaderas, en cambio, pensando en el novio, que está en las trincheras, demuestran una melancolía que en vano tratan de ocultar con sus sonrisas. Una de ellas, cuando llegamos, tenía su mano, gorda y fresca, entre los dedos secos de una bruja que murmuraba con acento tétrico:

— Antes de que regrese has de rezar aún mucho... Veo un signo negro y un signo rojo... El rojo se desvanece, lo que indica que no hay muerte... El negro es más tenaz..., es un signo de penas...

Y ahora que la decidora de buena y mala ventura la ha abandonado para venir, como las otras campesinas, a colocarse junto a nosotros, todavía la infeliz que desea conocer el porvenir, sigue ahí, al pie de un manzano, y con sus pobres ojos ojerosos contempla su palma rubicunda, tratando, sin duda, de ver si el signo rojo no se aviva...

— ¿Tiene usted a su novio en la guerra? — me he permitido preguntarla, acercándome a ella.

Sin levantar la vista, me ha dicho:

— Hace un año entero que no sabemos nada de él... Unos pretenden que está prisionero... ¡Dios lo quiera!... Así podremos volverlo a ver...

Un hombre grueso, risueño, bonachón y pesado, la pone sobre la cabeza un jarro y exclama:

— Si dejas escapar una lágrima, te doy un baño... Ya sabes que está prohibido llorar. La patrona del pueblo hará que todo salga bien, pero a condición de no entristecerla su fiesta... Vamos, canta algo para estos señores.

La muchacha trata de sonreír y se aleja.

— ¡Hay que cantar, hay que cantar! — repite el buen aldeano, que parece muy animado por excesivas libaciones.

Y dando una palmada en la espalda del hombre del acordeón, grita:

— No te duermas, maestro, porque te quito el instrumento.

Los niños entonan un concierto de triunfo, celebrando la caída de los dos emplumados. Las abuelas, sin poderse contener, aplauden al borracho, que se ha puesto a bailar con un taburete entre los brazos. Un cántico lento se eleva, vibra un instante en el aire claro, y luego se apaga en un suspiro general.

— El mayor — me explica al oído un viejo de luengos bigotes — no quiere que haya ruido, a causa de los que no han de volver nunca.

*
* *

Mis compañeros, ya enterados de los movimientos militares que este villorrio ha presenciado desde el principio de la guerra, aceptan un nuevo jarro y se guardan los cuadernitos en los cuales han apuntado lo único que les interesa. En cuanto a la fiesta misma, con su humilde solemnidad de liturgia pagana, no les inspira sino son-

risas piadosas. «¡Pobre gente — piensan de seguro —, pobre gente inconsciente que así vive, a pocos pasos de los cañones, y que, sin estar siquiera segura de que una bomba no va a matarlos dentro de un instante, trata de olvidar las tristezas de la vida!» Y yo pienso lo mismo. Yo pienso, como ellos, que hay en la situación de los que siguen viviendo en estos campos desolados una tristeza infinita. Pero, lejos de sonreír de su inconsciencia, admiro la serena energía con la cual se inclinan ante lo irremediable. Todos los espectáculos macabros, ellos los han contemplado. Ellos han visto la ola invasora, ellos han visto los gestos de la muerte, ellos han visto la mueca siniestra del odio. Desde hace dos años, el rugido del cañón es la música constante que acompaña sus pasos. Sus hijos, sus hermanos, sus esposos, se hallan Dios sabe dónde, en las trincheras o tal vez en los camposantos silvestres. Si hubieran un día soñado en lo peor que podía pasarles, no habrían, de fiyo, logrado imaginar tanto horror... Y, sin embargo, helos aquí cantando un día, después de haber trabajado un año; helos aquí bebiendo el zumo de sus lúpulos, entonando himnos a la patrona de su parroquia, tratando, en suma, de sacar fuerzas de flaqueza para no dejarse doblegar por las desgracias. Sin saberlo, llegan así, en la tranquila mansedumbre de sus instintos, a una filosofía más sublime que la de Sócrates. Y si no dicen: «En verdad, atenienses, la vida no es un bien tan grande, que hayamos de sacrificarlo todo por ella», hacen algo mejor que decirlo, puesto que, con su alegre serenidad en medio de la tormenta, demuestran que hay en el alma de la humanidad sencilla un resorte tal de energía moral, que ni las amenazas, ni las miserias, ni las angustias, logran debilitarlo. La misma muchacha que un instante ha, hallábase a

punto de llorar por algo que para ella es de mayor precio que su propia existencia, se ha sobrepuesto al fin a su dolor y ríe, ahora, de pie junto al músico, pidiéndole que toque algo nuevo. Y yo, viéndola transfigurada, erguida, adorable en su humilde frescura, siento impulsos de arrodillarme ante ella para adorarla cual una imagen de la fuerza que anima al pueblo flamenco en su martirio.

En el Canal de la Mancha.

El barco en el cual vamos a atravesar el Canal, está amarrado cerca del *Suxess*, cuyas ruinas acabamos de visitar. Un poco más lejos, en la rada misma, dos *epaves* hundidas muestran sus palos y sus chimeneas. En el fondo, a una milla del buque, distínguese la masa flotante de una goleta que hace señales pidiendo socorro. Éstas no son sino unas cuantas víctimas de las minas y de los submarinos, colocadas, sin duda, junto al puerto para inspirar prudencia a los viajeros.

— Si ustedes no quieren correr el riesgo de la travesía — nos dice lord Drogheda —, aun estamos a tiempo de volvernos atrás.

El marqués de Valdeiglesias, en calidad de decano, responde por los tres con la más alegre energía:

— ¡Sí que queremos!... Por lo mismo que hay peligro, queremos embarcarnos...

— Noten ustedes — agrega nuestro guía — que si el tráfico de pasajeros se ha suprimido desde aquí hasta Folkestone, a causa de los numerosos accidentes de estas últimas semanas, aun queda la vía del Havre, que, por ser más segura, sigue abierta al público. Podemos ir a embarcarnos al Havre. Aquí vamos a realizar el viaje en uno de estos buques llenos de tropas, que son los que más empeño tiene el enemigo en perseguir...